

Escuchando la voz de las mujeres

Los nuevos discursos del arraigo femenino rural



Rosario Sampedro Gallego
sampedro@soc.uva.es
Universidad de Valladolid

La relación de las mujeres con el medio rural es problemática, y buena muestra de ello es la masculinización que sigue caracterizando a la mayoría de los pueblos españoles. Este desequilibrio demográfico consiste en un déficit de mujeres respecto a la proporción existente entre los sexos en la población nacional (proporción llamada a veces “razón biológica”), y es objeto de interés para las ciencias sociales desde hace varias décadas. Pero es también un problema social, sobre todo cuando lo relacionamos con el desarrollo rural. La masculinización puede tener graves consecuencias cuando se presenta, como suele suceder, en las edades genésicas; es decir, en aquéllas donde se produce la formación de parejas y el nacimiento de los hijos (20-34 años) o afecta a la que se ha definido en ocasiones como “generación soporte” (30-50 años), entendida como la que integra a la mayoría de la población que trabaja (tanto en el ámbito productivo como reproductivo) y “sostiene” al grueso de la población más dependiente, ya sean niños, adolescentes y jóvenes o ancianos (Camarero y Oliva, 2005).

La falta de mujeres en esas edades estratégicas tiene un gran impacto en la vida de las co-

munidades rurales. Ello se debe, en primer lugar, obviamente, a que las mujeres son un elemento importante en la formación de familias, y esto tiene una enorme relevancia no sólo en el sostenimiento demográfico de la población (vía fecundidad), sino en el equilibrio emocional y el bienestar social de las personas. En segundo lugar, se debe también al papel que las mujeres juegan en la provisión de atención y cuidados a la población dependiente, y que se añade a su actividad económica propiamente dicha dentro del ámbito productivo.

A lo largo de la década de los ochenta del pasado siglo XX, la ausencia femenina comienza a ser percibida como un problema para la continuidad de la vida en los pueblos y para el propio desarrollo rural, y el género comienza a incorporarse en los análisis académicos, políticos y técnicos sobre el medio rural. Es decir, la reflexión se abre a las relaciones e identidades sociales que nos incumben en nuestra condición de hombres o mujeres, y en lo que se refiere a la forma en que esas relaciones e identidades van modelando nuestras oportunidades vitales y nuestras trayectorias biográficas.

La forma en que las relaciones e identidades

▼
El fenómeno de la masculinización rural lleva siendo estudiado décadas, y se han barajado muchas explicaciones para dar cuenta de este “desarraigo” femenino



sociales de género se manifiestan en las áreas rurales no nos conducen ya, sin embargo, a ideas esencialistas sobre “sociedades rurales” cualitativamente diferentes de las “sociedades urbanas”, dado que, en la sociedad itinerante del capitalismo informacional, con su constante flujo de capital, ideas y personas sobre el territorio, tiene menos sentido que nunca pensar en lo urbano o lo rural como una variable discreta (ser o no ser). Pero sí es cierto que los procesos sociales encuentran plasmaciones diferentes en el territorio, y es en ese contexto en el que merece la pena explorar las condiciones objetivas y subjetivas del arraigo femenino en el medio rural.

La reflexión sobre el género y la ausencia femenina nos conduce directamente también al concepto de “sostenibilidad social”. Un desarrollo rural socialmente sostenible es aquel que tiene en consideración no sólo los aspectos económicos y medioambientales (el conocido principio de equidad entre las generaciones actuales y venideras), sino también la dimensión de las relaciones sociales y la subjetividad humana. Se trata, en definitiva, de hacer realidad esa equidad teniendo en cuenta las necesidades materiales y subjetivas de todos los colectivos que componen la población de un territorio, entre ellos obviamente las mujeres.

Las causas de la masculinización rural

El fenómeno de la masculinización rural lleva siendo estudiado décadas, y se han barajado muchas explicaciones para dar cuenta de este

“desarraigo” femenino. Se ha hablado de la diferente estructura de los mercados de trabajo, y la obvia mayor oferta de empleos femeninos en las ciudades (vinculada a una economía mucho más terciarizada), pero también de la supuesta mayor “atracción” de las mujeres por la bulliciosa y colorista vida urbana, y de su mayor inclinación hacia la formación y la educación, que las encamina hacia empleos poco accesibles en los pueblos. También se ha señalado cómo las formas tradicionales de transmisión del oficio y el patrimonio en la agricultura y otros negocios familiares priman la permanencia de los varones frente a las mujeres, y cómo la desvalorización social de tales patrimonios, frente al modelo salarial urbano, convierte a los herederos en malos partidos en el mercado matrimonial. En su trabajo *El baile de los solteros*, Pierre Bourdieu retrata magistralmente cómo estos herederos se convierten en tristes guardianes del patrimonio familiar, incapaces de conseguir esposas que mantengan y den continuidad a los mismos (Bourdieu, 2004).

Es precisamente la ausencia de mujeres jóvenes (y la soltería consiguiente de los varones rurales) la que lleva a diversos autores a explorar las relaciones de género que sostienen la reproducción de la economía rural de base familiar, y a identificar las estrategias de “huida” y rechazo emprendidas por las mujeres ante unos esquemas patriarcales que invisibilizan su trabajo y reducen sus ámbitos de influencia y decisión al estricto dominio de lo emocional y lo privado (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1991).

La masculinización rural ha llevado también



▼
El arraigo femenino se está construyendo desde un proceso de redefinición de lo rural, proceso que las jóvenes acometen para poder “ser modernas y de pueblo a la vez”

a hacer un análisis de los presupuestos sociales implícitos en los modelos de desarrollo rural. Los modelos de desarrollo parten de unos supuestos que afectan, entre otras dimensiones, a las relaciones de género y a las relaciones generacionales. Por ejemplo, el modelo de modernización productivista que se desarrolla en España en los años sesenta y setenta del siglo pasado, parte de aplicar a las familias “agrarias” unos esquemas propios de las familias urbanas vinculadas a economías salariales y de mercado. La modernización familiar suponía, por tanto, aplicar el esquema varón/proveedor, mujer/ama de casa a familias en las que las mujeres estaban lejos de adecuarse a ese modelo ideal. La invisibilización y desvalorización del trabajo femenino en la agricultura familiar, frente a la domesticidad urbana, estaría así en la base del desarraigo femenino respecto a la agricultura y el medio rural (Sampedro, 1996).

Pero hoy la agricultura ha reducido drásticamente su importancia como fuente de empleo de la población rural, y el trabajo en el seno de los negocios familiares representa una parte muy limitada del mismo, que implica básicamente a población adulta y mayor. ¿Cómo se reproducen las relaciones de género y la subordinación femenina en este nuevo escenario? Investigaciones recientes muestran algunas relaciones interesantes entre masculinización rural, movilidad y mercado de trabajo.

Parece claro que, en un contexto en que la movilidad implica acceder a más y mejores oportunidades laborales para un porcentaje muy importante de la población rural, el acceso dife-

rencial a la movilidad por parte de hombres y mujeres reproduce las desigualdades por género. Los roles reproductivos femeninos ligan a las mujeres a lo local, y al hacerlo limitan drásticamente las opciones laborales accesibles (Camarero et al., 2006). Obviamente, son las mujeres que más han invertido en formación las que se ven más duramente “castigadas” en una situación de restricción de movilidad. Pero son las menos formadas las que ven reducir más sus oportunidades (en relación con los varones de su misma condición) al entrar en la etapa de formación de familias, y las que tienen menos recursos educativos para reaccionar de una forma creativa a la nueva situación. Quizá sea este hecho el que haga que sean las mujeres con menos cualificación las que están provocando, de hecho, la masculinización rural, y las que, parece ser, optan en mayor medida por cambiar la seguridad que proporcionan las redes familiares a nivel local por el más rico mundo de oportunidades más allá del pueblo (Camarero y Sampedro, 2008).

Del “por qué se van” al “por qué se quedan”

Si la reflexión sobre las relaciones de género en el medio rural comienza hace tres décadas, a partir de la pregunta de por qué se van las mujeres, en este momento, la reflexión hoy tiene que ver más bien con la pregunta de por qué se quedan las que se quedan. Es decir, es una interrogación sobre los procesos de arraigo y de identidad, y sobre las estrategias laborales, familiares y discursivas que están desplegando las mujeres (sobre todo, las jóvenes) que deciden instalarse, retornar o permanecer en el medio rural.

Esta reflexión debe comenzar necesariamente haciendo una referencia al trabajo de Cecilia Díaz Méndez en torno a las estrategias de arraigo y desarraigo de las jóvenes rurales. Partiendo de un interesante trabajo de campo realizado en el medio rural asturiano, esta autora ha señalado que el arraigo femenino se está construyendo desde un proceso de redefinición de lo rural, proceso que las jóvenes acometen para poder “ser modernas y de pueblo a la vez”. Para afrontar esta reconstrucción identitaria, las mujeres echan mano de instituciones tradicionales de la vida rural, como el “familismo” o el “comunitarismo”, que tantas veces ha jugado en contra de la individuación femenina (Díaz Méndez, 2005). Estas instituciones pueden en ocasiones ponerse al servicio de nuevas estrategias de las mujeres. Y una muestra de ello es el papel que los ne-

gocios de base familiar pueden tener en la creación de nuevas oportunidades de profesionalización para las mujeres. Estaríamos aquí ante estrategias nuevas (preactivas) y no ante una vinculación femenina ligada sobre todo a lealtades familiares que les llevan a veces a jugar el mismo papel que les tocó desempeñar en su momento a los herederos varones: responsables de la atención y el cuidado de los mayores y guardianas de un patrimonio familiar crecientemente devaluado (Díaz Méndez, 2006).



Decíamos antes que las mujeres que residen en el medio rural ven limitadas considerablemente sus oportunidades de integración laboral al llegar al momento crítico de la formación de familias. Conocidas las limitaciones estructurales que el hábitat rural impone en tantas ocasiones a las mujeres, y teniendo en cuenta ese proceso de reconstrucción de identidades que, sin embargo, parece estar en marcha, podemos preguntarnos ahora de qué forma las mujeres rurales están efectivamente reconstruyendo su identidad para poder seguir siendo mujeres “de pueblo” y mujeres “de hoy”. Podemos interrogarnos, en definitiva, acerca de las representaciones sobre las que tejen sus trayectorias laborales y sus proyectos vitales.

Una incursión en los discursos del arraigo y del desarraigo femenino

Para tratar de poner luz en este tema utilizaré los primeros resultados de una investigación explo-

ratoria de tipo cualitativo, desarrollada en el marco de una investigación más amplia sobre la masculinización rural en Castilla y León¹. Esta región es una de las comunidades autónomas donde el envejecimiento y la masculinización de los espacios rurales aparecen como procesos más marcados, y donde el desarraigo femenino juvenil sigue siendo más dramático. Según datos de la Encuesta de Juventud Rural del año 2000, es la única región española donde el desarraigo supera al arraigo. La pregunta para medir el arraigo en esta encuesta era la siguiente: “Si pudieras elegir, ¿te irías del pueblo o te quedarías?” Los datos globales indican que un 30,4% de los varones se iría, frente a un 64,3% que se quedaría. En el caso de las mujeres, se iría un 38,8% y se quedaría un 56,1%. En la región del Duero, el desarraigo masculino llega al 38% y el femenino se dispara al 51%, superando al arraigo, que es de un 44% (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002).

La mayor valoración que las sociedades de la modernidad tardía otorgan a lo rural, y que se ha vinculado al llamado mito del “idilio rural” (y obviamente la mejora en las condiciones reales de vida de las poblaciones rurales), ha hecho disminuir el desapego juvenil respecto a la vida rural. Este no es el caso de las jóvenes de Castilla y León, lo que tiene que ver con la especial estructura de los asentamientos en esta comunidad autónoma (su escaso tamaño y la pobreza de sus mercados de trabajo locales) y también con la considerable inversión en educación que han hecho tradicionalmente las familias rurales respecto a sus hijas.

De la investigación cualitativa realizada en Castilla y León sobre la base de entrevistas en profundidad a mujeres del medio rural, emergen tres tipos de discurso del arraigo, que podríamos denominar “arraigo afirmativo”, “arraigo defensivo” y “arraigo instrumental”. Y dos discursos del desarraigo, que hemos denominado “desarraigo resignado” y “desarraigo indiferente”.

La noción de “arraigo” que utilizamos no dista demasiado de la que usamos en el lenguaje coloquial: arraigo es una actitud en la que destaca el apego al pueblo en el que se está viviendo, la valoración de lo que supone vivir en él, y la proyección de ese sentimiento hacia el futuro, tanto en primera persona como en lo que se refiere a los hijos o hijas. El desarraigo implica lo contrario. Obviamente, entre el arraigo y el desarraigo hay un *continuum* de actitudes y posiciones vitales, que van desde la afirmación entusiasta de la propia identidad y de la vida rural hasta el re-

DISCURSOS DEL ARRAIGO Y DEL DESARRAIGO

Arraigo afirmativo

“El pueblo es un buen sitio para vivir”

Arraigo defensivo

“El pueblo es un refugio frente a los peligros o incertidumbres del exterior”

Arraigo instrumental

“El pueblo es un medio para alcanzar un ‘estilo de vida’ determinado”

Desarraigo resignado

“Esto no es bueno, pero no me queda más remedio que estar aquí”

Desarraigo indiferente

“El pueblo es una forma de garantizar la supervivencia. Es sólo una estación de paso”

Fuente: Sampedro, Camarero y López Pastor (2007)¹.

▼
El arraigo afirmativo implica la afirmación entusiasta de la propia identidad y de la vida rural; la mujer pone en valor lo positivo de ser “de pueblo” y de vivir en un pueblo al que se pertenece, bien por lazos familiares o por elección

chazo abierto, pasando por la aceptación más o menos conformista o resignada de la propia situación.

El discurso del arraigo afirmativo implica la afirmación entusiasta de la propia identidad y de la vida rural; la mujer pone en valor lo positivo de ser “de pueblo” y de vivir en un pueblo al que se pertenece, bien por lazos familiares o por elección.

El arraigo defensivo implica concebir el pueblo como un refugio frente a las incertidumbres y los peligros de la vida urbana. El pueblo es lo conocido, lo controlable, y frente a él se piensa que, a pesar de algunas carencias (sobre todo en lo que se refiere a las oportunidades laborales), “más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer”.

El arraigo instrumental supone valorar el pueblo (del que no se forma realmente parte) como un instrumento o medio para conseguir determinadas metas, normalmente una forma o “estilo de vida” determinado. Este tipo de arraigo aparece vinculado en nuestra investigación a las nuevas residentes que conservan su empleo urbano.

Tanto el arraigo defensivo como el instrumental se apoyan en discursos que pueden volverse de desarraigo, cuando las condiciones laborales o de relación con el entorno son más difíciles. Cuando la actitud que hay tras el arraigo defensivo se convierte en resignación (“esto no es bueno, pero ya no puedo tener otra cosa, es tarde para mí”, o bien “esto no es bueno, pero no me queda más remedio que estar aquí”), vemos cómo aparece una actitud que podemos ca-

lificar de desarraigo resignado, ya que si no se plantea un abandono del pueblo (que se ve como imposible, a menos a corto plazo), sí que se hacen visibles los aspectos más oscuros de la vida en él.

Es lo que sucede, respecto al arraigo instrumental, cuando lo que el pueblo ofrece no es ya una forma de vida, sino la simple posibilidad de sobrevivir. El pueblo se convierte entonces en un mero instrumento de supervivencia, a la espera de conseguir algo mejor. Es una estación de paso, por lo que la relación que se establece con él es de indiferencia. Es el desarraigo indiferente al que puede llevar, por ejemplo, la condición de inmigrante, que, en el caso de nuestro estudio, estaba representada por una joven que trabaja en uno de los sectores de empleo de mayor expansión en los pueblos: el cuidado de ancianos.

Las claves discursivas del arraigo rural

Una vez que hemos perfilado los distintos discursos que podemos encontrar entre las mujeres rurales, podemos pasar a definir cuáles son los elementos que emergen de una forma poderosa en aquellos discursos que hemos definido como de “arraigo afirmativo” y sobre los que de forma más clara podría construirse una nueva y sólida vinculación femenina a los espacios rurales.

En primer lugar, el arraigo afirmativo se construye en torno a una nueva identidad rural, en la que es fundamental la idea de conectividad (el medio rural no es algo diferente o separado del medio urbano) y movilidad (es decir, la posibili-

▼
**Tras una
 emprendedora es
 muy probable que
 nos encontremos
 con una familia
 emprendedora**



dad de alternar de forma fácil y estratégica el pueblo y la ciudad). El arraigo implica tanto la negación de estereotipos (no somos “rurales”, podemos hacer lo mismo que cualquiera que habite en una ciudad) como la afirmación de esa identidad (somos “del pueblo”). Esta doble lectura se presenta de una forma diáfana en el caso de las “hijas del pueblo” que han tenido una experiencia de vida, estudio o trabajo en centros urbanos, y que disfrutaban de una situación laboral que consideran satisfactoria. El arraigo se construye aquí desde la conexión a los entornos urbanos (“aquí estamos a nada de la ciudad”), desde la valoración de lo local en cuanto a servicios (“aquí tenemos de todo”) y desde la devaluación de lo urbano (identificado con agobios, atascos, carestía, derroche de tiempo y dinero, falta de disfrute de la vida...).

En segundo lugar, el discurso del arraigo afirmativo se construye también desde una situación laboral percibida como positiva (equiparable a la que podría conseguirse en una gran ciudad); es decir, existe una clara relación entre, de un lado, el arraigo y el desarraigo, y, de otro, las experiencias laborales. Y las experiencias laborales positivas en un entorno rural tienen su anclaje en capital formativo, por una parte, y capital económico y social, en forma de una tupida y consistente red de apoyo familiar, por otra. El discurso del arraigo está más definido entre las jóvenes con una formación académica que les permite emplearse como asalariadas en servicios cualificados (sanidad, educación, administración), o ser

protagonistas de iniciativas empresariales en la que el bagaje académico se convierte también en un activo importante. Es el caso, en nuestra investigación, de una joven maestra, una empresaria de turismo rural, una fotógrafa que ha abierto su propio negocio, o una joven que sueña con trabajar en iniciativas de desarrollo rural en las que poner en práctica sus recién terminados estudios de formación profesional en administración y contabilidad.

De las entrevistas realizadas se desprende que las iniciativas empresariales que implican una verdadera profesionalización tienen tras de sí mujeres educadas y familias que apoyan estos proyectos, movilizándolo patrimonio, recursos económicos, contactos sociales y trabajo familiar. En este sentido, sí que encontramos una relectura del familismo y el comunitarismo tradicionales del medio rural, tal y como señalaba Díaz Méndez. Los relatos de las emprendedoras entrevistadas en nuestro estudio nos hablan de la importancia que los recursos familiares tienen en la puesta en marcha y el éxito de tales iniciativas. Tras una emprendedora es muy probable que nos encontremos con una familia emprendedora, algo que ya apuntábamos en trabajos anteriores (Sampedro y Camarero, 2007), pero también, a menudo, un capital cultural que permite a las mujeres profesionalizarse mediante el control sobre el propio trabajo y el cultivo de aquellos aspectos más enriquecedores o gratificantes de la propia actividad.

La posibilidad de compaginar cómodamente



la actividad laboral y la atención a los hijos pequeños aparece siempre como un elemento importante en los estudios sobre satisfacción laboral de las mujeres, y obviamente el medio rural no es una excepción. Los relatos de las mujeres entrevistadas que tienen una actividad laboral, están llenos de referencias a este asunto, como un elemento crucial de bienestar y satisfacción personal.

Un tercer centro de gravedad del arraigo femenino son las estrategias ligadas a la elección de pareja y la construcción del propio proyecto de relación emocional y familiar. Una razón de peso para estar aquí (en este pueblo) es que “mi novio, marido o compañero están aquí”. Y esa relación se establece porque los vínculos con el pueblo, independientemente de que se haya tenido una experiencia de vida en la ciudad, nunca se han interrumpido, de forma tal que “de aquí es mi compañero” o “aquí conocí a mi compañero que es del pueblo de al lado”. Merece la pena destacar que en ocasiones la decisión de “volver” al pueblo (tras una experiencia de estudio o trabajo en la ciudad) es el resultado de un mantenimiento de los vínculos urbano-rurales, establecidos por las generaciones de los padres, que facilitan la formación de parejas en las que las jóvenes acaban adecuando sus propios proyectos vitales y laborales a los de sus compañeros.

La formación de estas parejas no se debe únicamente a que dejar el pueblo (ya sea definitivamente, en familia, por el trabajo de los padres, o temporalmente y de forma individual, para estu-

diar), no supone la interrupción de los vínculos que se mantienen con él. También se ha producido un cambio en los perfiles laborales y los estilos de vida de los jóvenes rurales varones, capaces de hacerse atractivos como parejas a mujeres con un nivel educativo con frecuencia superior al suyo. Es importante poder encontrar hombres jóvenes que mantienen unas pautas de ocio y unos estilos de vida muy similares, si no idénticos a los jóvenes urbanos; algo probablemente más fácil para los que se encuentran menos vinculados a las actividades económicas tradicionales ligadas al sector primario. Son ellos los que tienen más posibilidades de ser percibidos como compañeros cómplices en la elaboración de esas nuevas “identidades” a las que nos estamos refiriendo. Nos encontramos así con parejas rurales en las que es posible experimentar estilos de vida diferentes, en los que el disfrute de la naturaleza, la práctica del deporte, las “escapadas” a la ciudad, los viajes al extranjero o la transgresión de las normas morales tradicionales, como el hecho de vivir juntos sin casarse..., constituyen la punta de lanza de ese proyecto de “ser modernos y de pueblo a la vez”.

Si esta es la cara luminosa del arraigo rural, una algo menos brillante, pero probablemente más común, la representan el “arraigo defensivo” y el “arraigo instrumental”. El “arraigo defensivo” está ligado a situaciones en las que no existe un capital educativo, o de otro tipo, que permita prescindir del apoyo que el patrimonio o las redes familiares y vecinales ofrecen en el pue-



▼
El discurso del desarraigo pone el acento en los aspectos más oscuros de la vida rural: la inexistencia de oportunidades laborales para las mujeres, en la pobreza de relaciones sociales y en la falta de actividades culturales y recreativas

blo. Es el discurso que sostienen aquellas mujeres que, sin mostrarse entusiasmadas por su vida en el pueblo, son conscientes, o al menos así lo perciben, de que su supervivencia en la ciudad sería aún más incierta.

El “arraigo instrumental”, por su parte, está vinculado con las nuevas residentes que ven en el pueblo un espacio ligado a la calidad de vida. Vivir en el pueblo es aprovechar lo mejor de dos mundos: la residencia rural y el empleo urbano. En este caso, el arraigo no está unido a la identidad rural. Nos encontramos con mujeres que valoran la vida del pueblo, pero no se consideran realmente parte de él (de hecho hablan constantemente de la “gente del pueblo”, frente a ego), aunque podrían llegar a formar parte de él en el futuro.

Si nos introducimos en los discursos más negativos sobre lo que implica vivir en el medio rural, nos encontramos con el “desarraigo resignado”. Este discurso aparece en su forma más diáfana entre aquellas mujeres ya adultas que se encuentran en trabajos con poca continuidad ge-

neracional (negocios familiares como bares, comercios o pequeñas explotaciones agrarias) o que sienten que su nivel de formación o cualificación no se corresponde con las oportunidades disponibles a nivel local, lo que condena a la inactividad doméstica (que no desean) o a unas condiciones laborales vividas como profundamente insatisfactorias.

El “desarraigo indiferente”, que en nuestra investigación hemos encontrado ligado a la condición inmigrante, se vincula a la vulnerabilidad social y económica, y puede ser en muchos casos también una defensa psicológica que permite soportar la desconfianza e incluso estigmatización que se ejerce en ocasiones por parte de los autóctonos ante los extranjeros.

En cualquier caso, el discurso del desarraigo pone el acento en los aspectos más oscuros de la vida rural: la inexistencia de oportunidades laborales para las mujeres (“aquí no hay nada”), en la pobreza de relaciones sociales (“siempre se ve a la misma gente”, “esto está vacío”) y en la falta de actividades culturales y recreativas (“es del trabajo al bar, y no hay más”). La literatura anglosajona en torno al “idilio rural” (*rural idyll*) lo contraponen al “tedio rural” (*rural dull*). Está claro, en este sentido, que el discurso del desarraigo hace hincapié no en el idilio rural, sino en el tedio rural.

Conclusiones

La masculinización es uno de los desequilibrios demográficos que pueden estar hipotecando más claramente el futuro de la vida en los pueblos. Éste es un desequilibrio que expresa la incapacidad de las áreas rurales para proporcionar proyectos atractivos de vida a unas mujeres cuya vinculación con el territorio pasa por un proceso de redefinición de lo rural, que les permita ser “modernas y de pueblo a la vez”. La sostenibilidad social del desarrollo rural exige abordar esta cuestión.

Una primera incursión por los discursos femeninos sobre el arraigo y el desarraigo rural, en Castilla y León, una región especialmente castigada por la masculinización, nos ha permitido distinguir diferentes discursos, que van desde el arraigo positivo hasta el desarraigo resignado o el desarraigo indiferente, pasando por un arraigo defensivo y un arraigo instrumental. Son discursos que se vinculan a diferentes paisajes sociales y a diferentes condiciones laborales, familiares y vitales.

El análisis de los ejes sobre los que se articula el discurso del arraigo positivo nos puede proporcionar algunas pistas sobre lo que es importante o no a la hora de vincular activamente a las mujeres al medio rural. En primer lugar hay que considerar que la conectividad, el empleo y la igualdad son las palabras claves. Los entornos rurales aislados (o que se perciben como tales) no son un buen sitio para las mujeres. Entre otras cosas porque para ellas es más difícil sortear el aislamiento. Facilitar la comunicación, la movilidad, la interconexión entre el pueblo y sus referentes urbanos más cercanos es fundamental en este sentido. Es el derecho a la movilidad. En segundo lugar hay que reconocer que la promoción laboral, la posibilidad de rentabilizar la propia formación, o de reducir al menos la espada de Damocles de la precariedad, y de hacerlo en un entorno que facilite la conciliación de la vida

laboral y familiar, es un elemento clave en el bienestar y la satisfacción de las mujeres. En tercer lugar es necesario admitir la igualdad entre hombres y mujeres, al menos como horizonte hacia el que caminar; una igualdad vinculada a lo cotidiano, a unas relaciones más modernas, más basadas en el compañerismo y el reconocimiento de los nuevos papeles femeninos, y sobre las que se pueda construir esa nueva identidad de mujeres rurales.

Si el arraigo femenino implica construir una nueva identidad rural, parece claro que en este proceso tienen que estar implicados necesariamente los varones, que han de asumir (y probablemente lo estén haciendo ya) su propio proceso de reconstrucción identitaria de género. Ello abre, sin duda, nuevos y apasionantes retos a la investigación social y a la intervención política en el ámbito del desarrollo rural. ■

▼ Nota

¹ Se trata de un proyecto de I+D+i, financiado por la Junta de Castilla y León, con el título: "Trabajo invisible, arraigo femenino y masculinización rural en Castilla y León". El equipo de investigación estuvo formado por Rosario Sampedro, Luis Camarero y Ana Teresa López Pastor. El proyecto se desarrolló entre 2005 y 2007. Se realizaron trece entrevistas en profundidad con los siguientes perfiles: E1: 49 años, separada, una hija, trabaja en animación sociocultural, vive en un pueblo de 2.000 habitantes. E2: 24 años, soltera, vive con sus padres, con estudios de FP Grado Superior, trabaja de forma eventual en actividades de promoción turística. Vive en un pueblo de 160 habitantes. E3: 24 años, vive en pareja, ha montado su propio negocio de fotografía en un pueblo de 3.100 habitantes. E4: 25 años, vive en pareja, trabaja como dependienta en una tienda de una capital de provincia. Vive en un pueblo de 2.000 habitantes en el área de influencia de la ciudad. E5: 43 años, separada, dos hijos, copropietaria de una tienda de ropa en una capital de provincia, vive en un pueblo de 3.200 habitantes. en el área de influencia de la ciudad. E6: 36 años, casada, dos hijos, empresaria de turismo rural en un pueblo de 2.200 habitantes. E7: Soltera, 29 años, vive con sus padres, asalariada en una industria textil en una población de 6.200 habitantes. E8: 27 años, vive en pareja, maestra de primaria en un pueblo de 3.700 habitantes. E9: 34 años, casada, dos hijos, ama de casa, vive en una población de 7.500 habitantes. E10: 26 años, separada, una hija, inmigrante de Europa del Este, trabaja como auxiliar en una residencia de ancianos en un pueblo de 750 habitantes. E11: 54 años, casada, tres hijos, propietaria del bar de un pueblo de 440 habitantes. E12: 38 años, casada, tres hijos, propietaria de un taller de restauración de obras de arte, en un pueblo de 7.200 habitantes. E13: 31 años, casada, dos hijas, titular de una explotación ganadera y promotora de una casa de turismo rural en un pueblo de 420 habitantes. La selección de los municipios se basó en el concepto de "paisaje social", es decir, más allá del tamaño de municipio se tuvo en cuenta su estructura demográfica (población más o menos equilibrada en términos de envejecimiento y masculinización), y la estructura del mercado de trabajo, en cuanto a diversidad sectorial e importancia de la movilidad laboral pendular en el mismo (ver Camarero y Oliva, 2002).

▼ Referencias bibliográficas

- BOURDIEU, P. (2004): *El baile de los solteros*. Barcelona, Anagrama.
- CAMARERO, L.; SAMPEDRO, R. y VICENTE-MAZARIEGOS, J. (1991): *Mujer y ruralidad: el círculo quebrado*. Madrid, Instituto de la Mujer.
- CAMARERO, L. y OLIVA, J. (2005): "Los paisajes sociales de la ruralidad tardomoderna" en *Atlas de la España Rural*, Madrid, MAPA, pp. 426-435.
- CAMARERO, L. y SAMPEDRO, R. (2008): "¿Por qué se van las mujeres? El continuum de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural." *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 124, pp.73-105.
- CAMARERO, L. et al. (2006): *El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España*. Madrid, Instituto de la Mujer.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. (2005): "Aproximaciones al arraigo y al desarraigo femenino en el medio rural: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural", en *Papers*, 75, 63-84.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. (2006): *Familia, trabajo y territorio*. Madrid. MAPA, Serie Estudios nº 161.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J. y GÓMEZ BENITO, C. (2002): *Juventud rural 2000*. Madrid: INJUVE.
- OLIVA, J. y CAMARERO, L. (2002): *Paisajes sociales y metáforas del lugar*. Pamplona, Universidad Pública de Navarra.
- SAMPEDRO, R. (1996): *Género y ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagrariación*. Madrid, Instituto de la Mujer.
- SAMPEDRO, R. y CAMARERO, L. (2007): "Mujeres empresarias en la España rural. El sujeto pendiente del desarrollo". *Revista Internacional de Sociología*, Vol. LXV, nº 48, 121-146.